B. Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

EJEMPLOS DOCTRINALES
instructivos y edificantes

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Nihil obstat
El Censor
Antonio Martín Llamas
Lic. en S.E.
Zamora, 15 junio 1992

Imprimatur
Lic. Benito Peláez
Vicario General de la Diócesis

ISBN 84-7693-246-4
Depósito Legal: B. 30077-93
Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACIÓN

Querido Lector:

El presente libro comprende muchísimos ejemplos doctrinales, instructivos y edificantes referentes a los diversos temas consignados, como pueden verse, en el índice del mismo.

Yo me he limitado a exponer los que me han parecido más oportunos, omitiendo otros referentes ya a estos temas y a otros más que podía haber tratado, porque no he querido que el libro fuera demasiado voluminoso.

Además espero que estos ejemplos sirvan a todos para orar, para enseñar y hasta para predicar y con ellos hacer reflexionar y grabar en los oyentes o lectores las grandes verdades de nuestra religión, y poder así ejercer sobre todos la fuerza contagiosa del ejemplo.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ
Zamora, 1 junio 1992

LA BIBLIA O SAGRADA ESCRITURA

1

La Biblia es una carta de Dios a los hombres. San Antonio Abad (m. 356), que vivía en el desierto de la Tebaida, recibió un día una carta es-

Advertencia: San Gregorio Magno, San Agustín y otros Padres de la Iglesia dijeron esto mismo: «La Biblia es una carta de Dios omnipotente a los hombres». «La Biblia es la palabra de Dios escrita» (Con. Trento).

Conviene que sepamos que la Biblia tiene dos autores: Dios, autor principal, y el hombre, autor secundario e instrumental, pero racional. Dios se valió para escribirla de hombres a los que inspiró y movió (influyendo en su entendimiento y voluntad) para escribir todo y sólo lo que Él quiso.

Los libros de la Biblia son 73;46 del A. T. y 27 del Nuevo. La Biblia católica se distingue de la protestante en que ésta tiene 66 libros, o sea, siete menos que la católica. Estos son: Tobías, Judit, Baruc, Sabiduría, Eclesiástico y los dos de los Macabeos.

crita del emperador Constantino el Grande. Sus discípulos estaban maravillados, y así se lo declararon, de que el emperador le hubiese distinguido con una carta de su propio puño. Pero el Santo dijo: «Mucho más debiera maravillaros de que nuestro Señor, Rey de todos los reyes, nos haya enviado a nosotros, pobres hombres, una carta suya, es decir, las Sagradas Escrituras».

2

Las verdades reveladas por Dios están especialmente en la Biblia transmitidas fielmente por la tradición apostólica o Magisterio Supremo de la Iglesia. Sin la Tradición no nos constaría que libros pertenecen a la Biblia.

Disputaban un católico y un protestante. Afirmaba el protestante que todo cuanto Dios nos ha revelado se encuentra de lleno en las Sagradas Escrituras, y que por tanto, la Tradición es superflua e inútil.

Dijo entonces el católico: «Dadme vuestra Biblia y os voy a demostrar enseguida que la Tradición es necesaria». Diósela el protestante, y el católico, después de haberla hojeado un rato, se la devolvió diciendo: «Caballero, yo os he

pedido la Sagrada Escritura y no este libro de fábulas». El protestante contestó irritado: «Si este libro es precisamente la Sagrada Escritura».

El católico replicó: ¿Cómo me podéis demostrar que este libro es en verdad la Sagrada Escritura? Contestación del protestante: «Me consta que lo es por mi padre, y por sus antepasados, que durante muchos siglos lo han venerado como un libro divino».

Repuso entonces el católico: «¿Ahora, me salís con la tradición, después de no haberla querido reconocer al principio?». También hay que decirle a los protestantes: «¿Por dónde sabéis que la Biblia tiene 66 libros para vosotros, si la misma Biblia no lo dice?». Forzosamente tenemos que admitir la Tradición pero la Tradición Apostólica, por cuanto el Magisterio supremo de la Iglesia a través de los siglos desde Jesucristo y sus Apóstoles nos ha ido diciendo cuál es el catálogo de los Libros Sagrados.

3

San Ireneo (a. 120-202) en un escrito contra los herejes (3,3,3) reproduce la lista de los obispos romanos, tal como se transmitía con solici-

tud en la comunidad romana. Nombra los siguientes sucesores de Pedro (primer Papa): 1.º Lino; 2.º Anacleto; 3.º Clemente; 4.º Evaristo; 5.º Alejandro; 6.º Sixto; 7.º Telesforo; 8.º Higinio; 9.º Pio; 10.º Aniceto; 11.º Eleuterio. «En esta sucesión, escribe él (el discípulo del amigo de los apóstoles, Policarpo, que todavía pudo ver a Juan Evangelista), nos ha llegado la tradición de la fe y el anuncio de la verdad desde los apóstoles... y ello prueba de un modo definitivo que la misma fe vivificadora fue conservada en la Iglesia desde los mismos apóstoles hasta nosotros, y nos fue transmitida con fidelidad».

Un historiador protestante, Gaspar, dice que esta lista es «preciosa como documento antiquísimo de verdadera tradición»; y confiesa que los mencionados personifican en la Iglesia primitiva la idea de la autoridad y tradición apostólica, y no sólo para la comunidad romana sino para la Iglesia universal.

4

Valor de la Biblia. En cierta ocasión decía un caballero, alejado de los principios religiosos, a una hermana suya, religiosa carmelita: «No me

explico tu modo de vivir; no comprendo el por qué de tantas privaciones y sacrificios. ¿Qué te propones con ello? La religiosa respondió: Me propongo ganar el cielo y lograr que otras almas, alejadas de Dios, se vuelvan a Él.

—¿Y cómo sabes que vas a lograrlo con estos medios? —Así me lo enseña la Sagrada Escritura.

—¿Y quién te ha dicho que la Sagrada Escritura dice la verdad? ¿No pueden ser falsos sus consejos?

—Dime tu: ¿cómo sabes que en tu oficina de Hacienda una orden viene del ministerio del ramo? —Pues averiguando la firma y el sello del ministro. ¿Por qué lo dices?

—Porque eso he hecho yo también; he averiguado que la Sagrada Escritura lleva el sello de Dios. —¿Y cuál es el sello de las obras de Dios? El milagro y la profecía. ¿Quién ha dado vista a tantos ciegos y resucitado muertos como Jesucristo? Él es Dios. Lee despacio los Evangelios y te convencerás.

5

En París, en una tertulia «sin prejuicios», se

hacía befa de los infatilismos que hay en la Biblia. *Benjamín Franklin* (hombre científico e inventor del pararrayos), que estaba presente, esperó una ocasión favorable, sacó un libro del bolsillo y dijo: «Señores, esta mañana he descubierto por casualidad en una librería una obra antigua que me encanta por su vigor y belleza. ¿Me permiten que les lea algo?». Leyó algunos pasajes del profeta Habacuc. «¡Admirable, magnífico!» exclamaron de todas partes. «Pues bien, señores, son precisamente pasajes de la Biblia que tanto despreciaban ustedes hace poco; si van leyendo más, encontrarán otros pasajes de un vigor y belleza semejantes».

6

Goethe, escritor alemán, y uno de los genios de la literatura universal, dijo: Por mi parte amo y aprecio la Biblia; porque casi exclusivamente a ella debo mi formación moral; y los casos, las enseñanzas, los símbolos, las parábolas que hay en ella, todo se me ha grabado profundamente y ha tenido su eficacia de una manera o de otra.

7

En una Biblia del siglo XIV, existente en el Escorial hay cuatro puertas pintadas con el siguiente aviso: «Sabe, hermano, que en la lectura de la Sagrada Escritura has de entrar por estas puertas, según está escrito en los Salmos». Las cuatro puertas son la Revelación, la Autoridad, la Invocación y la Continencia.

8

Palabras de San Agustín: Tanta es la profundidad de la Sagrada Escritura, que en ella aprendería yo todos los días, aunque no hubiese hecho nada más que estudiarlas detenidamente, con aplicación y más talento desde la temprana juventud hasta una vejez muy avanzada.

9

Palabras de Santa Teresa del Niño Jesús: «Siempre que leo una obra en la que se estudia la perfección desde interminables puntos de vista, mi pobre entendimiento se fatiga. Entonces cierro rápidamente el libro tan lleno de erudición,

que me sirve de rompecabezas y embota mis sentimientos, y tomo la Sagrada Escritura, y enseguida se me hace de nuevo la luz; una sola palabra abre a mi alma las perspectivas de lo infinito, la perfección me resulta fácil y atractiva y veo que es suficiente reconocer la propia nada, y entregarse por completo a Dios, del mismo modo como un niño descansa en los brazos de su padre».

10

Enrique Heine, poeta alemán, judío, al final de su vida: «He vuelto a Dios, como el hijo pródigo. Debo mi iluminación sencillamente a la lectura de un libro. ¿De un libro? Sí, es un libro antiguo, modesto como la naturaleza, y también natural como ésta, un libro tan activo y sin pretensiones como el sol que nos calienta, como el pan que nos alimenta; un libro que nos parece benditamente bondadoso; y este libro se llama *el libro:* la Biblia».

11

Para Antonio Abad, el Padre de los anacore-

tas, fueron decisivas las palabras que de joven oyó en un acto eucarístico al estar precisamente abismado en la meditación de Cristo, *«Si quieres ser perfecto...* (Mt. 19,21). Y las primeras palabras con que tropezó la mirada de *Francisco de Asís,* que estaba dudando, al abrir la Sagrada Escritura, fueron estas mismas y le empujaron a proseguir el camino que conduce a Dios.

La lectura de la Biblia, a la que nos exhorta el Concilio Vaticano II, y que debemos leer con amor y con humildad, por ser la Palabra de Dios, es un medio poderoso para lograr la perfección cristiana.

12

Dios en el cielo es Dios visto; Dios en la Tierra es Dios oído. En el cielo entra el conocimiento de Dios en el alma por los ojos, porque «en él le veremos tal cual es» (1 Jn. 3,2), y en la tierra entra el conocimiento de Dios por los oídos: *Fides ex auditu* (Rom. 10,16), y a los oídos llega por la palabra de Dios (P. Vieira).

13

San Jerónimo nos da este consejo: «Leed con frecuencia las Escrituras. No dejéis nunca de la mano su lectura. La vida de los santos es la mejor interpretación de las Escrituras... Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne».

Al principio... DIOS

La Biblia empieza con estas palabras: «Al principio... DIOS». La existencia de Dios, Creador de todas las cosas, es la primera verdad fundamental del orden religioso: Un Dios eterno, un ser sin principio, independiente del mundo y anterior al mundo que Él crea. Antes que el mundo existiera, no existía nada, solamente Dios. ¿Quién es Dios? ¿Qué sabemos de Dios y de sus atributos?...

14

El rey y el filósofo. El rey *Hierón* de Siracusa llamó un día a su presencia al filósofo *Simonides,* para preguntarle cuál era la esencia de Dios. El filósofo pidió un día de tiempo para pensarlo; pero transcurrido el día, le pidió otros dos, y al

cabo de ellos le pidió cuatro, y así fue aplazando el día de la contestación.

Al preguntarle el rey la razón de esta conducta, el filósofo le contestó: «Cuanto más pienso en ello, tanto menos llego a comprender lo que es Dios». Lo infinito no puede ser comprendido por nuestra limitada razón. Dice un proverbio alemán: «Nunca entenderás lo que es Dios, a menos que seas Dios». Yo se que hay Dios, pero ¿quién puede comprender la grandeza de Dios? El salmista dice: *«Grande es el Señor y digno de toda alabanza; su grandeza no tiene límites»* (145,4).

15

La amenaza del destierro. San Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla (m. 407), no era bien visto en la corte a causa de la libertad de espíritu con que predicaba. La emperatriz Eudoxia, le odiaba y le amenazó con el destierro. Pero el santo obispo le contestó intrépidamente: «¿Crees acaso aterrorizarme con esta amenaza? ¿Ignoras por ventura que Dios está en todas partes? Sólo lograrías aterrarme si pudieras enviarme a un lugar donde no estuviera Dios».

Si el estar solos en alguna parte nos infunde miedo, pensemos que Dios está allí presente. Cuando una persona miedosa va en compañía de otra, pierde el miedo. ¿Cómo podríamos temer nosotros, sabiendo que el Todopoderoso está siemrpe a nuestro lado, y que sin su beneplácito no cae una hoja de árbol? Bien podemos decir con el profeta David: *«Ningún mal temeré, pues Tú estás conmigo»* (Sal. 23,4).

16

Alerta, que está Bernardino. Cuando San Bernardino (m. 1444) era un niño, inspiraba aún a las personas mayores tanto respeto con su piedad y sus virtudes, que sí, al ir a cometer alguna acción inconveniente, se acercaba a él, exclamaban al punto: «Alerta, que viene Bernardino»; y ello bastaba para que se condujese correctamente.

Si, pues, la presencia de un niño piadoso y virtuoso tenía tanta influencia en la conducta de sus conocidos, ¡cuánto más debería guardarnos de pecado el recuerdo continuo de la presencia de Dios! Dios está en todas partes. Nadie puede huir de Él. *«¿A dónde huir de tu presencia? Si*

subiere a los cielos, allí estás Tú; si bajare a los abismos, allí estas presente» (Sal. 139). Y como leemos en el profeta Jeremías: *«Por mucho que uno se esconda en escondrijos, ¿no lo veré Yo? dice el Señor. ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?»* (Jer. 23,23-24).

17

El niño y el cesto de manzanas. Un niño enviado por su padre a casa de un vecino en demanda de ciertas noticias, encontróse solo dentro de ella. Ante él había un cesto de apetitosas manzanas, cuya vista le sugirió el mal pensamiento y aún la tentación de robar algunas. «Nadie te ve», le decía una voz interior. Pero el niño que era bueno, exclamó en alta voz: «No, no quiero; Dios me está mirando».

En aquel momento salió un hombre que estaba escondido detrás de una estufa, y dijo: »Buen muchacho, pues veo que te acuerdas de la presencia de Dios. Ahora, toma cuantas manzanas desees». Si aquel niño hubiese cometido el hurto, habría sido sorprendido con las manos en la masa y castigado. «La presencia de Dios, dice San Basilio, es un remedio contra todos los vicios».

18

Dos esclavos negros trabajaban con su señor en el campo. Uno era pagano, cristiano el otro. Apenas hubo marchado el amo, el esclavo arrojó la pala y dijo: «Ven, nos echamos allá en la sombra; el señor se ha ido». El cristiano le contestó: «Mi señor está aún aquí», y mostró el cielo. No estoy solo, no estamos solos... Dios está presente y ve todos nuestros actos, y por eso hemos de obrar siempre bien.

19

José en Egipto se vio violentamente atacado de una tentación impura, recuerda la presencia de Dios y queda victorioso: *«¿Cómo,* dice, *hacer este mal y pecar en presencia de mi Dios?»* (Gén. 39,9).

San Efrén se vio tentado por una mujer lujuriosa: «Buscad, le dijo, un lugar donde Dios no me vea y cometeré la mala acción que me proponéis». Si pensáramos que Dios nos ve, dice Santo Tomás, nunca o casi nunca pecaríamos. por eso dijo San Bernardo: «Pecad donde estéis seguros de que no está Dios. ¡Ah! ningún lugar hay fuera de este ser infinito».

20

Nos dejaréis las estrellas. Un día durante la revolución francesa, el impío Carrier decía a un campesino de Nantes: Nosotros vamos a derribar vuestros campanarios y vuestras iglesias. Es posible, contestó el campesino, pero «nos dejaréis las estrellas», y mientras este «alfabeto del buen Dios» exista, nos servirá para enseñar a nuestros hijos a deletrear su nombre adorable. Así para probar que Dios existe, no hay necesidad de largos discursos: basta abrir los ojos y contemplar las maravillas de la creación.

21

Un sabio francés y la oración de su guía. Un sabio francés, que era un librepensador, hizo hace unos años una exploración por el desierto de la Arabia y tomó por guía a un mahometano. A la puerta del sol extendió éste un tapiz sobre el suelo y rezó la oración preceptuada por su ley. Cuando la hubo concluido, le preguntó el sabio en tono de desprecio: «¿Qué es lo que acabas de hacer?». El árabe le contestó: «He rogado a Alá». Entonces el francés se rió y dijo: «¿Has visto alguna

vez a Dios con tus ojos, o le has oído con tus oídos o le has tocado con las manos?».

Después de contestarle el árabe negativamente, le dijo: «Eres un necio porque crees en un Dios que no has visto, ni oído, ni tocado». El árabe no dio respuesta alguna hasta el día siguiente al levantarse ambos de la cama a la salida del sol. Salieron de la tienda y enseguida advirtió el francés unas huellas de león sobre la arena, a cuya vista dijo lleno de espanto a su guía: «Esta noche ha pasado por aquí un león». A lo que contestó con gran resolución el árabe: «¿Ha visto usted el león?», y el otro le contestó que no. Y de nuevo le preguntó el guía: «¿Ha oído usted al león o le ha tocado con las manos?». Después de la segunda negativa, añadió el árabe: «Pues es usted un sabio muy singular, porque cree en un león que no ha visto, ni oído, ni tocado».

A esto replicó el francés: »Pero sus huellas se ven en la arena en torno de la tienda». Entonces el mahometano señaló al sol naciente, y dijo: «Allá arriba tiene usted también las huellas del Creador, por las cuales puede concluir que Dios existe».

A Dios no le podemos ver «en Sí mismo», porque es un puro espíritu, pero sí «en sus obras».

Todos podemos ver la imnipotencia de Dios y su inteligencia y sabiduría infinita en la magnitud de los astros y en su rápido movimiento y en el orden admirable que reina en el universo.

22

El orden del universo era para el ilustre Newton la mejor prueba de la existencia de Dios. El mismo Voltaire no pudo resistir a la fuerza de este argumento, por cuanto «no hay orden sin ordenador inteligente». Decía que era necesario estar loco rematado para pretender que un reloj no prueba la existencia del relojero y que el mundo no prueba la existencia de Dios; y él, señalando con el dedo un reloj que colgaba de la pared de la habitación, exclamó: «¡Cuanto más lo pienso, menos puedo comprender cómo marcha ese reloj, si no lo construyó un relojero!».

23

Atanasio Kircher. Las cosas no se hacen solas. El mundo tampoco se ha hecho solo, sino que tiene un autor, y éste es Dios. El célebre astrónomo Atanasio Kircher, recibió un día en

Roma a un conocido, de quien sabía que negaba obstinadamente la existencia de Dios. Teniendo que terminar un trabajo importante, dejó solo por un rato al visitante, quien pasó el tiempo contemplando un magnífico modelo de constelaciones que había en un rincón del cuarto.

Cuando el sabio hubo terminado el trabajo, lo primero que le preguntó el visitante fue cómo se llamaba el autor de aquella obra maestra. Kircher encogiéndose de hombros, le contestó que no sabía quien era y que suponía que aquel modelo se hizo por sí mismo.

Algo excitado le preguntó el conocido si quería burlarse de él. «Eso no, amigo, contestó Kircher, sólo quería hacerte ver que es un sin sentido aún mayor el negar que la imponente construcción del mundo, de la cual este globo no es más que diminuta copia, haya tenido un constructor y un Hacedor».

24

Otro gran astrónomo, el francés Arago, dio una conferencia en el College de France sobre las leyes del universo. Concluyó con estas palabras: «La próxima semana habrá un fenómeno

en el firmamento, que también se verá desde París. La luna entrará en conjunción con el sol, y la tierra interceptará los rayos del astro rey. En ese día, en esa hora, en ese minuto, en ese segundo, tres potentes cuerpos siderales obedecerán, no a nuestra predicción, sino al mandato de Dios. Solam ente son los hombres que no quieren obedecer».

25

Grandeza de Dios y pequeñez del hombre

Todas las obras de la creación nos hablan de la grandeza de Dios y de la pequeñez del hombre, y tenemos que decir con el profeta Isaías: *«Las naciones son como el polvo en el caldero y son reputadas como el polvo de la balanza»* (40,15) y como leemos en el libro de la Sabiduría: *«Todo el mundo es delante de Ti, Señor, como un grano de arena en la balanza y como una gota de rocío de la mañana que cae sobre la tierra»* (Sab. 11,23). Si esto es el mundo delante de Dios, ¿qué seré yo?

26

En la Biblia leemos también: *«Grande es Yahvé, grande su poderío, y su inteligencia es inenarrable. Él cuanta el número de las estrellas y llama a cada una por su nombre»* (Sal. 47,4-5).

Consideremos ante todo la magnitud de los cuerpos celestes. ¡Cuán grande es el globo de la tierra! Este tiene 40.000 kilómetros de circunferencia. Si un tren directo recorriese 160 kilómetros por hora, sin interrupción alguna, tardaría unos diez días en recorrerla. ¿Quién sostiene la tierra en el espacio?... La tierra nos parece grande, y sin embargo, el sol es más de un millón de veces mayor que la tierra...

27

La luz recorre unos 300.000 kilómetros por segundo; el rayo de sol necesita 8 minutos y 17 segundos para llegar a la tierra. Un expreso (tomando por base unos 180 kilómetros hora) necesitaría para recorrer el mismo camino unos cien años. Es más: hay estrellas cuya luz tarda años y aún siglos en llegar a nosotros; la estrella polar, por ejemplo, dicen los astrónomos que emplea

sesenta años en este viaje, y otras hasta miles de años... Inmenso es sobre toda ponderación el espacio cósmico...

Esta consideración de la inmensidad del Universo basta para despertar en nosotros la admiración de la omnipotencia y Majestad de Dios. Llenso de asombro y reverencia debemos decir: A Ti, gran Dios, te alabamos; a Ti, Señor, a tu gran poder ensalzamos; ante Ti se inclina la tierra y admira tus obras.

28

Juan Kepler (m. 1630), el gran astrónomo, en el colofón de su obra de juventud «El misterio del mundo», en que con intuición genial intentaba explicar las íntimas conexiones existentes entre las órbitas de los planetas, escribe: «Mas ahora, amable lector, no olvides el fin de todas estas cosas, es a saber, el reconocimiento, la admiración del Creador todosabio. Porque de nada sirve el plan profundo del Creador, si te paras en este punto, si con un solo empuje, con toda la entrega de tu corazón no te dejas arrebatar hasta el conocimiento, amor y adoración del Creador».

29

¿Qué es el hombre, el individuo ante Dios? Si queremos tener conceptos claros, basta cotejar al hombre con el universo en que vive. ¿Qué viene a ser la «grandeza» del hombre en la tierra? Un grano de polvo, y aun menos en el universo. Aun más, ¿qué viene a ser en parangón con Dios, con el Dios inmenso? Átomo de un átomo, granito de polvo de un granito de polvo, nada de nada.

¿Y su *duración?* Comparado con la edad del mundo el hombre ni siquiera llega a tener la vida efimera del insecto que no vive más que un momento. Y ¿qué será ante Dios eterno? Un «soplo»... *«Mi existencia delante de Ti es la nada; no dura más que un soplo todo hombre»* (Sal. 39,6).

30

¿Qué es el hombre? ¿Qué es delante de Dios? ¿Es grande o pequeño? Respuesta: nada es, cuando se aleja de Dios o se rebela contra Él; nada si se le coteja con el poder y la grandeza de Dios. Lo más triste es que se atreva la criatura, el hom-

bre mezquino, a rebelarse contra Dios... ¿Qué debemos hacer ante la grandeza de Dios? Vivir con humildad y decirle: «Yo soy tu nada; tu eres mi todo». La conciencia de la propia nada es el punto de partida del verdadero conocimiento de si mismo. Reflexionemos sobre una frase hermosa de Santo Tomás Moro, inspirada en un profundo espíritu de fe.

31

Tomás Moro, el gran canciller inglés fue condenado a muerte por su fidelidad a la fe católica. El canciller no quiso reconocer por matrimonio válido las relaciones pecaminosas del rey, ni a éste por cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Por esto tuvo que ir al Tower y finalmente se pronunció contra él sentencia condenatoria.

Enrique VII intentó antes romper la resistencia del canciller por medio de los tormentos de la cárcel. Se le envió su hija predilecta, Margarita, para ablandar la voluntad del padre. En vano. Su esposa también fue a verle en la prisión y con lágrimas instó al condenado a que tuviese en cuenta a la familia y por amor suyo salvase su vida. Tomás Moro le preguntó con serenidad:

«Dime, ¿cuántos años podríamos aún vivir juntos?». Ella contestó: «Por lo menos veinte años». «Pues, mira, si por lo menos hubieras dicho mil años, aun habría sido algo. Pero por solos veinte años ¿he de dar yo la eternidad?».

32

San Pedro Canisio refiriéndose a su hora de gracia (en la Catedral de Ancona: junio 1568): «Conocí que no era nada y que nada sabía. Nada puedo ni tengo por mi mismo. Tu solo, oh Dios, eres principio, centro y fin de todo bien. Todo brota de Ti y ha de volver a Ti. En mi hay mucha impureza, porque me considero algo..., de hoy en adelante con la ayuda de tu gracia quiero mirarme con ojos completamente nuevos. Humildad y sencillez de corazón han de ser los senderos por los cuales camine».

33

Mucho puede el pensamiento de lo eterno. *Melania,* dama romana, aunque cristiana, estaba apegada a las riquezas. Un día que estaba pensando en el cielo, comprendió, por la gracia de

Dios, que si quería gozar del cielo había de renunciar a los placeres de la tierra. Desde entonces cambió de modo de vivir. Renunció a toda pompa y se entregó a una vida de oración. Un pariente suyo, Volusiano, al volver de Milán a Roma y ver a Melania, exclamó: «¡Ah, cómo has cambiado!». «No lo hice yo, sino el cielo», contestó ella; y pronunció de tal manera estas palabras que Volusiano, que era todavía pagano, se convirtió y se hizo cristiano.

34

Teresita del Niño Jesús: El capellán me preguntó: «¿Está usted dispuesta a recibir la muerte con conformidad?». Le contesté: «Padre, me parece que solamente para la vida es necesaria la conformidad, el pensamiento de muerte me llena de alegría».

35

Gerardo de Kempis se hizo construir una magnífica casa. En el solemne acto de la bendición dijo a sus invitados: «¿No os parece que soy el hombre más dichoso del mundo? ¿Que puede

faltarme aún?». Tomás de Kempis, su hermano, le dijo con voz grave: «Tu casa, hermano, es magnífica; pero para que lo sea más, habrías de tapiar una puertecita». «¿Cuál?», preguntó sorprendido Gerardo». «Aquella, por la cual te llevarán muerto dentro de breve tiempo; mientras esta puerta esté abierta, tu casa no es completamente tuya; pronto habrás de dejarla a otro».

36

Dios es omnipotente. Muchos hacen alardes del poder humano, y hablan del túnel de San Gotardo (15 kilómetros, que duró 8 años de trabajo); túnel de Arlbert (10 kilómetros, 4 años); túnel de Simplón (20 kms. 7 años); canal de Panamá (81 kms, unos 13 metros de profundidad, construido en 1881-1913 por cuarenta y cuatro mil obreros); los ensayos de Zeppelin hasta lograr el éxito; desarrollo de la locomotora de Stephenson hasta nuestros días; las pirámides de Egipto, la muralla de China (¿cuántos años, cuántos obreros?)... y todo esto en contraposición con la obra de Dios y su actividad creadora... Él con una palabra hizo el mundo, sacándolo de la nada,

y le puso una ley que no la traspasará (Sal. 148, 5-6).

37

Un simpático niño de diez años es apostrofado con sorna por un incrédulo. «Crees, le dice, que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está presente en todas las hostias consagradas; ¿no es eso?». «Estoy seguro de ello», responde el niño. «¿Cómo puede ser esto, si, como tu dices en el Padre nuestro, Dios está en el cielo?». El niño, a su vez: «¿Sabe usted el Credo?». «Lo se». «¿No se dice en él: Creo en Dios padre *todopoderoso?* Entonces Dios lo puede hacer todo, y, por tanto, puede hallarse a la vez en el cielo, en la Eucaristía y en todas las hostias consagradas».

38

La grandeza de la bondad de Dios se nos manifiesta en Jesucristo, dando de comer a los hambrientos, curando enfermos, perdonando a los pecadores, consolando a los atribulados: pasión, cruz, muerte, redención... Por tantísimos beneficios recibidos de Dios le somos grandes deudores.

Se cuenta de un niño lo siguiente. Este niño, llamado Juanito oye que su padre lee a la mamá la cuenta del pintor, que acaba de decorar el piso. Al oír los asientos de la cuenta, piensa el niño: «Tu también podías presentar una factura a mamá». Y con toda prisa anota: «Por traer panecillos, una peseta, por limpiar zapatos, dos pesetas, etc. hasta que su cuenta sube a varias pesetas. la madre mira aquella factura, se calla, y por la noche Juanito encuentra en el puesto que suele ocupar en la mesa, unas diez pesetas que importaba la factura del niño. Quietecito y gozoso se las pone en el bolsillo. Pero a la mañana siguiente encuentra en su puesto, en la mesa, otra hoja de papel. «Factura de mamá a Juanito: Por diez años de alojamiento: 0,00 ptas.; por 10 años de manutención: 0,00 ptas.; por cuidarle durante enfermedades, por remendar vestidos y lavado de ropa: 0,00 ptas.». Juanito lo lee y guarda profundo silencio. Después de un rato se va a su madre, esconde la cara en su regazo y silencioso devuelve las diez pesetas, poniéndolas en el bolsillo del delantal.

39

Todos dependemos de Dios

El año 1787 Washington, primer Presidnete de Estados Unidos, tuvo consejo con 55 compañeros para tratar de puntos importantísimos que habían de decidir el porvenir de los Estados Unidos. Levantóse Franklin, ya entrado en años, y dijo: Señores, recemos. Ya soy viejo; pero cuanto más vivo, con mayor claridad veo que el destino de la humanidad depende de Dios. Si sin su permiso, como leemos en el Evangelio, no cae un solo pájaro, ¿cómo podría cobrar fuerza un país sin su auxilio? Todos dependemos de Dios.

40

San Agustín tiene un magnífico pasaje del ascenso por medio de todas las criaturas, para encontrar al creador, y así dice: Pregunté a la tierra, y ella dijo: «No lo soy (no soy Dios)»... pregunté al mar... a los vientos..., al cielo..., hablé a todas las cosas que estaban esparcidas ante mis sentidos: «Habladme de mi Dios, ya que vosotras no lo sois, habladme de Él». Y con voz fuerte exclamaron

todas: «Él nos ha hecho». Somos criaturas de Él, y por tanto, de Él dependemos.

41

José Toniolo, el gran sociólogo italiano, que hacía todos los años Ejercicios Espirituales, en su Diario escribió estas líneas acerca del Principio y Fundamento: «Yo confieso creer firmemente que vengo de Dios: por consiguiente, todo lo que hay en mi es un don de Él. Esto proclama mi sublime dignidad y al mismo tiempo mi completa dependencia del Creador. Por deber, pues, de justicia, debo ser todo para Dios. No me pertenezco a mi mismo, ni a los prójimos, ni al mundo, yo pertenezco a solo Dios, y deber mío ineludible es entregarme a Él sin vacilaciones, sin tardanza, sin reservas, no ser esclavo de mi voluntad, sino esclavo y siervo de la voluntad del Creador».

42

Santa Teresa de Jesús escribió: «Vuestra soy, pues me criasteis. Vuestra, pues me sufristeis. Vuestra, pues me llamásteis. Vuestra, pues me

conservasteis. Vuestra, pues no me perdí... ¿Qué queréis hacer de mi?»...

Y de *San Ignacio de Loyola* es esta oración: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria y voluntad, todo mi haber y poseer; vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad».

43

Dios no nos necesita absolutamente nada, y a pesar de todo no cesa su amor hacia nosotros. Nosotros le necesitamos en absoluto, y no obstante nos oponemos continuamente a su amor. Le posponemos a las cosas terrenas, a la amistad con los hombres, al placer de los sentidos, al honor, al poder; pero Dios nada quiere más que a nosotros; tenía un Hijo unigénito y lo dio por amor a nosotros (S. J. Crisóstomo).

44

Un «librepensador» se escandalizó al ver en el campo, durante las vacaciones, a una viejecita que siempre rezaba el rosario con devoción. «Mujer, le dijo, podríais eximiros de ello con

toda tranquilidad; el Señor no necesita vuestras oraciones». «Lo creo, contestó con calma la viejecita, pero yo le necesito a Él».

45
Tenemos que contar siempre con Dios

En el año 1696 se erigió en la orilla norteña de Cornwalis (Inglaterra) un faro con esta inscripción: «¡Aullad vientos! ¡Encréspate mar! ¡Irrumpid elementos y probad mis muros!». Después de cuatro años un huracán derribó el edificio. Una segunda torre edificada en el mismo lugar fue destruida por el fuego. Se erigió después una tercera torre con esta inscripción tomada de los salmos (127,1): *«Si el Señor no edifica la casa, en vano se fatigan los que la fabrican».* Esta torre está en pie aun hoy día y sirve de faro a millares de hombres. Y como este faro de Cornwalis, que en su primera época fue un orgulloso reto al mar, a los vientos y a cuanto pudiera destruirlo, y Dios lo destruyó fácilmente, así sucedió con *Titanic.*

46

El *Titanic*, trasatlántico ingles, de 47.000 toneladas, fue presentado al mundo como buque indestructible. Algunos han dicho que apareció en él este letrero blasfemo: «Ni Dios lo hunde», y sucedió que en su primer viaje a Estados Unidos, para abatir tanto orgullo humano Dios no recurrió a los vientos ni al fuego. Plúgole hundir al coloso de los mares valiéndose de un trozo de hielo que flotaba en el agua. Un iceberg partió el buque. El orgullo quedó abatido. Muchos de los pasajeros, ocupados en multitud de telegramas que tenían que cursar sobre la cotización de diversas acciones y cosas análogas, para colmo los que no estaban acostumbrados a doblar su rodilla ni inclinar su frente ante Dios, dieron en la catástrofe (en la que perecieron más de 1.500 personas) altos ejemplos de generosidad y rezaron con fervor el Padrenuestro. Con el orgullo se hundió un alarde de la técnica, y con la humillación se levantaron los ánimos de muchos pasajeros. «¡Más cerca de Ti, Dios mio!», cantaba a la sazón el coro del buque. Y más cerca de Dios debemos colocarnos nosotros abatiendo el orgullo.

47

Hallábase cercano a la muerte el *Mariscal de Luxemburgo,* el vencedor de cien combates, que tantos días de gloria dio a Francia. Visitóle Luis XIV, y en aquellos supremos momentos le dijo: «¿Qué puedo hacer en recompensa de vuestros servicios? ¿Qué pedís?». —Señor, respondió el Mariscal, dadme quince minutos de vida para arreglar mis cuentas». —«¡Ah!, contestó el monarca, me pedís lo que yo no os puedo dar; mi poder no llega a esto». —Miserable de mi, replicó entonces el anciano Mariscal, —sesenta años he combatido por mi rey, y este rey, tan grande como es, no puede alargarme la vida ni siquiera un cuarto de hora...! ¿Qué he hecho yo por quien me ha dado la existencia y va a pedirme cuentas?

48

Un labrador, cuyos campos daban siempre mejor cosecha que los otros, preguntado por su vecino, cómo era esto, respondió: «Porque yo siempre tengo el tiempo que quiero». Y como el otro se maravillara todavía más, añadió: «Yo no

quiero nunca otro tiempo sino el que Dios quiere, y por eso Dios me da los tiempos como yo los necesito».

49

Un veraneante veía día tras día en los montes del Tirol a una viejecita que llevaba un pesado fardo sobre el hombro, y bajaba del monte al valle y subía del valle al monte. Nunca la vio perezosa ni malhumorada, siempre estaba tranquila y alegre.

Un día el turista entabló conversación con ella y le preguntó cómo podía conservar su alegría con aquellas pesadas caminatas. la buena viejecita contestó: «Tengo una breve oracioncita, y ella me ayuda a pasar todos los caminos». ¿Cuál es?. «Pienso en nuestro Señor adorable, cuando llevaba la cruz en el Calvario, y después me digo a mi misma: Como Dios quiera. Si viene enfermedad o duro trabajo. Como Dios quiera. Si es bueno el tiempo o si es malo: Como Dios quiera. ¿Ve usted, mi buen señor? Esto me da sosiego; pruébelo también usted, esto le ayudará».

El turista quiso aún saber dónde había aprendido la viejecita esta «fórmula de encantamien-

to». «El señor Párroco nos lo dijo en el sermón». Y la viejecita, cargándose su fardo, prosiguió el camino cuesta arriba.

Lo más bello en este mundo es cumplir la voluntad de Dios, la cual se nos manifiesta en sus mandamientos.

50

Juan Jörgensen al subir —en su visita al Domo de Colonia—, en una altura que daba vértigo vio a un escultor que con el mayor esmero estaba cincelando una flor. «Pero, buen hombre, ¿para qué tanta fatiga? Desde abajo no ve nadie su fino trabajo». «Pero lo ve Dios», tal fue la sencilla, pero profunda respuesta. Interesa nos penetremos de la presencia de Dios. Él lo ve todo.

Así sucede también con nuestras obras buenas, tales como oraciones, ayunos, limosnas, etc.; aunque los hombres no vean ni aprecien estos méritos, alguien los ve y recompensa, a saber, Dios nuestro Señor desde el cielo. La consideración de la omniscencia de Dios nos mueve a hacer obras buenas.

51

Un ejemplo de la misericordia de Dios para con el pecador arrepentido. En una misión de Aquisgrán el año 1868, el misionero contó una historia que impresionó profundamente al auditorio. Dijo así: «Hace algunos años estaba una pobre madre en el lecho de la muerte rodeada de todos sus hijos, excepto uno solo, que se hallaba en el fondo de un castillo condenado a cinco años de prisión por un delito que había apresurado, sin duda, la muerte de su madre.

Habiendo vanas todas las tentativas para reclamar al preso, quiso la piadosa madre hacer un último esfuerzo y pidió que su hijo viniese a su lecho de muerte. Transmitido el ruego de la moribunda al Comandante de la fortaleza, permitió éste que el desventurado hijo, acompañado de guardias fuese conducido al lecho de la muerte de su madre. No podía ésta pronunciar palabra alguna, pero recogió sus últimas fuerzas y dio a su hijo una profunda mirada. Esta mirada materna produjo el milagro.

Vuelto el hijo a su celda, cayó de rodillas y derramó abundantes lágrimas, después de lo cual borró sus pecados con una dolorosa confesión,

pero fue más lo que hizo con él la gracia de Dios: una vez cumplida la condena se hizo sacerdote. Pues bien este hijo soy yo.

Cobrad, pues, queridos hermanos, ánimo y confianza: pueden ser enormes los pecados, pero la misericordia y la bondad de Dios es mayor todavía».

Estas palabras del predicador conmovieron a todos los oyentes, que concibieron una gran confianza en la misericordia de Dios y confesaron con gran dolor sus pecados.

52

Cuando *Santo Tomás de Aquino* estaba en su lecho próximo a morir, uno de sus hermanos en religión le pidió un consejo para lograr la salvación eterna. «Anda en la presencia de Dios, le dijo el santo, y así estarás siempre preparado para darle cuenta de tus acciones».

53

A *Salomón,* según refiere la tradición, se le consideró como el rey más feliz que gozó de los mayores honores y de los mayores bienes y de

toda clase de placeres, y él mismo confesó al fin de su vida, que en donde creía encontrar la felicidad, no halló sino vanidad, y así exclamó: *«Vanidad de vanidades y todo vanidad»*. El Kempis añadirá: «Vanidad de vanidades y todo vanidad fuera de amar a Dios y servirle».

54

A *San Agustín,* que iba en su juventud por los caminos de los placeres y honores, un día hastiado como tantos otros de estos placeres de la tierra, abriendo la Biblia por la carta a los Romanos, leyó este pasaje: *«No en comilonas, ni en embriagueces y deshonestidades...»* (13, 13-14), y dice él en su libro de las confesiones: No fue necesario leer más. Mi corazón estaba vacío y hastiado de los goces carnales, y tendiendo su mirada al cielo exclamó: «Nos hiciste, Señor, para Ti e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti». Desde aquel momento Dios fue el centro de su felicidad, y dejando su vida de pecado, se hizo sacerdote, fue obispo y el gran doctor de la Iglesia.

55

A *Eva Lavaliére,* joven actriz de estos últimos tiempos, a quien el público de París idolatraba y la prensa la declaraba la sin par, ¡la única!, cuando corría tras los placeres y diversiones del mundo, decía a su amiga Leo en la intimidad: «Tengo cuanto se puede ambicionar en este mundo para ser feliz, tengo oro, joyas, autos..., y sin embargo soy la más desgraciada de las mujeres». En el mundo todo lo había encontrado menos la felicidad; mas considerando la vanidad de las cosas terrenas, vuelta a Dios por una confesión general de sus pecados y por el arrepentimiento de su mala vida, fue cuando se le oyó exclamar: «Nunca he sido más feliz como el día que encontré a mi Dios».

56

Valor de la religión cristiana

El presidente *Roosevelt,* hablando de religión y Estado dijo: Toda la genialidad de la policía para imponer la ley de las masas será ineficaz si no existe en el pueblo la voluntad firme y enér-

gica de cumplir la ley. Y tal voluntad nunca podrá producirla el gobierno, sino, según mi convicción, solamente la religión cristiana... Un progreso racional no hará sino empeorar nuestra confusión si no va del brazo con un progreso moral. No conozco otra fuente de fuerza moral que la que mana de la religión. No hay sistema de gobierno que no fracase un día... La solución debe venir por medio del sacrificio, y el sacrificio es la esencia de la religión.

57

El 7 de noviembre de 1793, en tiempo de la Revolución francesa, fue prohibido el culto católico. Desde aquel punto, nadie tuvo en seguro su propiedad ni su vida. Robespierre, el hombre más cruel y caudillo de aquella revolución reconoció al fin de su vida, que aquello no podía continuar así, y después de hacer que muchos fueran guillotinados, declaró: «Si no hubiese Dios, sería menester inventarlo», y al fin terminó él siendo guillotinado. Sin religión los hombres, son fieras.

58

El rey Federico II de Prusia (1740-1746), hombre muy avanzado, amigo del impío Voltaire y despreocupado de toda idea religiosa, notó en los últimos años de su reinado que a medida que iba creciendo la irreligiosidad, tomaban preponderancia los crímenes. Declaró entonces públicamente: «He obrado respecto de la religión con demasiada ligereza. Con gusto renunciaría a la mejor ganada de mis batallas si con eso podía despertar en mi país nuevamente el amor a la religión». Entonces dijo a su ministro de Cultos: «Restaure Vd. la religión en el país». El ateismo conduce al vicio y al crimen (Ved n.º 73).

59

No ha mucho tiempo fue condenado en Francia a trabajos forzados un muchacho de 15 años. Oyó friamente la sentencia de su condenación, pidió silencio y gritó: «Perdono a los jueces: han sentenciado justamente. Perdono a los guardias: han cumplido con su deber deteniéndome. Pero en esta sala hay un hombre a quien no puedo perdonar; helo aquí: es mi padre. Me ha educado sin religión:

nunca me mandó al catecismo; he crecido lleno de vicios y me he convertido en un malhechor. Por su culpa me veo condenado a galeras».

¡Qué terrible confesión! Si los que están instruidos en religión encuentran dificultades para ser honestos, ¿cómo podrán serlo los que nada saben de religión?

60

En el Senegal, un negro se dirige hacia la Iglesia. un blanco que está sentado en la terraza de una fonda bebiendo cerveza, le pregunta: ¿A dónde vas? —Yo ir a la Iglesia. —¿Por qué? — Porque yo amar a Dios.

Al oír la respuesta, el «culto» europeo se mofa de aquel «salvaje» estúpido. El negro le mira con asombro, pero pronto siente desprecio y, apuntando con el dedo al europeo, le dice:

—Tu blanco, y yo negro; tú ser salvaje. Y con orgullo prosiguió su camino hacia la Iglesia.

61

Valor del Catecismo

Un escritor francés (Ferdinand Divoire) hizo

una encuesta entre personas destacadas sobre este tema: ¿Qué sabe Vd. de Dios?». *Paul Claudel*, el célebre poeta y diplomático, le contestó: «¿Lo qué se de Dios? Exactamente, lo que enseña el catecismo, ni más ni menos».

El Catecismo es un libro de reducido volumen e insignificante al parecer, pero es el que ha merecido las mayores alabanzas porque en él está contenida en esencia todo lo que Jesucristo nos ha enseñado y todo lo esencial de la Santa Biblia. Y ¡cuánta ignorancia existe acerca de su contenido!

62

Un célebre filósofo, profesor de la Universidad e París, llamado Jouffroy (m. 1842), había sido un incrédulo durante mucho tiempo; pero luego vino a ser un fervoroso cristiano. Poco antes de morir dijo a sus amigos: «Conozco un librito que leen y entienden hasta lo niños y en el que están resueltos todos los grandes problemas de la vida. Leedlo: este libro es el Catecismo».

63

El célebre convertido *Zacarías Werner*, predicando en Viena mostró al pueblo desde el púlpito un Catecismo, diciendo: «En este pequeño libro hay más verdad que la que pudieron enseñar todos los filósofos del mundo».

64

—*El regalo de Manzoni.* Un joven le pidió un libro que le guiase en el camino, no del arte, sino de la vida. El insigne escritor le entregó un Catecismo diciéndole: «He aquí el mejor libro para que aprendas a vivir».

65

—*Los impíos reconocen el valor del Catecismo.* En cierta ocasión presentó uno a su hijo al gran impío *Voltaire* con las siguientes palabras: «He aquí nuestro ilustre vástago que ya ha leído todas sus obras». Pues muy mal, replicó Voltaire en un acceso de amarga franqueza, condenando la conducta de aquel padre, «hubiese sido mejor que hubiera aprendido bien el Catecismo».

66

—Un día un amigo encontró a *Diderot* —librepen-sador y enemigo de la Iglesia— repasando el Catecismo con su hija. Al expresar su extrañeza, Diderot sonriendo le dijo: «Para fundamento de la educación de mi hija no conozco cosa mejor que el catecismo; no hay doctrina moral que ofrezca móviles más poderosos al hombre que la religión católica».

67

—Un catequista en una escuela de Viena invitó al hijo de un socialdemócrata a recitar el Decálogo. El muchacho le contestó: «No sé los diez mandamientos; mi padre me dijo que no había necesidad de que los aprendiera». Después de unos días el muchacho hurtó a su padre una suma crecida de dinero. Los compañeros del padre, que conocían la respuesta del muchacho, no pudieron menos de observar: «Quizá habría sido conveniente que tu hijo hubiese conocido por lo menos el séptimo mandamiento».

68

—El párroco de Voiron invitó a una mujer a que le enviara su hijo a fin de prepararle para la primera Comunión. Ella contestó: «Mi hijo no necesita enseñanza religiosa ni primera Comunión; los robles en el bosque crecen estupendamente y no necesitan religión». «Pobre mujer, le replicó el párroco, y los becerros en el establo tampoco sienten necesidad de religión».

Pasaron veinte años y el hijo de aquella mujer se encontraba ante el tribunal y fue condenado a muerte. había ahorcado a su propia madre, porque ésta ya no quería darle más dinero para beber.

69

Palabras de Pio XI sobre el Catecismo. El Catecismo, de reducido volumen e insignificante por su exterior, es en realidad de una grandeza y elevación divinas. Contiene todo cuanto puede alimentar y confortar la vida espiritual del alma... El Catecismo es el resumen de las verdades, leyes y prescripciones elevadas, que todas y cada una de ellas conducen a la cima de la perfección